



Gabriela Mistral

Atenea

Revista Trimestral de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXIV - Enero a Marzo de 1957 - Núm. 374

Puntos de vista

Gabriela Mistral

A L ETERNIZARSE su espíritu con su muerte, su nombre se exalta en el alma nacional que, plena y recogida, se inclina ante su cuerpo exánime, palpitantes los corazones en un mismo ritmo de congoja. Las palabras agotaron su sentido de dolor profundo y de admiración por lo que fue y dejó. Al espontáneo sentimiento colectivo, el gobierno se sumó con esa solemnidad oficial señalada para quienes dieron a la patria las excelencias de su espíritu y de su acción.

La inmortalidad había ceñido ya en su frente los laureles inmarcesibles con esa pleitesía sin límite del lenguaje universal del amor y la belleza. Los pueblos de habla española reconocieron en su voz un acento nuevo y la identificaron como un vate surgido de la América indígena para elevarse por sobre la tierra y los mares.

Tres fechas jalonan su tránsito por el mundo literario: 1914, cuando fue distinguida con una flor natural en los Juegos Florales celebrados en Santiago de Chile el 22 de diciembre de ese año; entonces LOS TRES SONETOS DE LA MUERTE dieron nacimiento a Gabriela

Mistral, ocultando para siempre a la modesta maestra Lucila Godoy; 1922, cuando el Instituto de las Españas publicó en Nueva York *DESOLACIÓN*, libro en el que recogió toda su labor poética hasta esa fecha, diseminada en diarios, revistas y textos de lectura, y en el cual se encuentran las más cabales de sus composiciones; 1945, cuando se le otorga el Premio Nobel de Literatura, cumbre de su consagración literaria.

Transmitió Gabriela Mistral en las poesías de *DESOLACIÓN* el íntimo dolor de la tragedia de su amor frustrado. Y para ello hubo de recurrir a un lenguaje inusitado, con palabras lancinantes, en un grito lírico de clemencia y amparo. Su ritmo no era el de la orquestación rubendariana. Aspero, crispado, de estridencias súbitas y de cadencias de arrullo como la visión distante de su tierra de Elqui: montañas ríspidas y valles apacibles. Contraste de luz y sombra. Aridez en las alturas y fecundidad en los llanos. En esos versos palpita el alma ancestral de esta América turbulenta y primitiva, que aún se resiste a la armonía serena de lo clásico. El asombro se hizo en torno suyo. Eran sus versos de entonces mineral de altísima ley apenas desbastados. Boscaje y lianas donde el sendero estaba sólo marcado por la huella del peregrino. Contagió con ellos de entusiasmo patético a todas las mujeres que funden su ser en ansias de maternidad. Y "Los sonetos de la muerte", y "Nocturno", y "El ruego", y "Poema del hijo" e "Interrogaciones" fueron el brevario de aquellas que se sienten identificadas con la poetisa en sus tribulaciones.

Ninguna mujer como ella había cantado con tan rotunda sinceridad al sensualismo de la carne mortal, inmortalizada en las entrañas fecundas:

“ ¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo y mío, allá en los días del éxtasis ardiente y en los que hasta mis huesos temblaron de tu [arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente”.

.....
“Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados; el río de mi vida bajando hacia él, fecundo, y mis entrañas como perfume derramado ungiendo con su marcha las colinas del mundo”.

La soledad y el dolor de su corazón no curvaron su espíritu ni debilitaron su carne perecedera. Se irguió, por el contrario, enteriza como aquella de su soneto “La mujer fuerte”, nutrida de savias rurales:

“Me acuerdo de tu rostro que se fijó en mis días, mujer de sayal azul y de tostada frente, que en mi niñez y sobre mi tierra de ambrosía vi abrir el surco negro en un abril ardiente.

“Alzaba en la taberna, ebrio, la copa impura el que te apegó un hijo al pecho de azucena, y bajo ese recuerdo, que te era quemadura, caía la simiente de tu mano, serena.

*“Segar te vi en enero los trigos de tu hijo,
y sin comprender tuve en ti los ojos fijos,
agrandados al par de maravilla y llanto.
“Y el lodo de tus pies todavía besara,
porque entre cien mundanas no he encontrado tu
[cara
¡y aun tu sombra en los surcos la sigo con mi
[canto!”*

El tiempo aquietó su alma en el mediodía de su existencia como aguas despeñadas en el remanso llanero:

*“Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor:
la vida es oro y dulzura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor”.*

Y su poesía se sublimó en un mensaje de amor a los niños, cantos de goce inocente, suavizado el ritmo para hacer vibrar su espíritu en el corro de alegría infantil. La madre que no pudo ser canta ahora para todos los niños de la tierra “rondas” de corazones enlazados bajo el signo piadoso de TERNURA.

Ya no la mujer lacerada en sus entrañas sino la maestra que lo es por sentirse madre, aligera el verso con palabras elementales, en que la emoción creadora transparenta su fondo de bondad. Ella se sabe maestra por sobre todo, y lo dice con humildad evangélica, y lo

escribe con su espíritu y con su sangre, doblemente maestra, por vocación y por profesión:

“¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso, largamente abrevaba sus tigres el dolor! Los hierros que le abrieron el pecho generoso ¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!”

En “La oración de la maestra” diafaniza la prosa con unción docente: “Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé”.

Junto a las “rondas” surgieron sus “apólogos poéticos” en los que disimula la intención moralizadora con la ficción de la fábula de la cual se desprende sutilmente la enseñanza, apólogos escritos en estilo desenvuelto, liberado de los rebuscamientos lexicográficos y expresivos tan peculiares de la poetisa. “Por qué las cañas son huecas”, “Por qué las rosas tienen espinas”, “La raíz del rosal”, “El cardo” y “La charca” han moldeado a nuestros niños con más belleza y humanidad que muchas lecciones de sistemática sapiencia pedagógica.

Aún cuando su poesía es un constante mirarse en su propio mundo interior, la naturaleza ha sido también para ella un estímulo de fecunda inspiración. Ha cantado al árbol, a las nubes, a la lluvia, a la montaña,

a las estrellas, con ese tono desolado a través del cual vio la vida y las cosas. Así, en "Arbol muerto", "Tres árboles", "El espino", "La montaña de noche".

La vehemencia lírica de "Los sonetos de la muerte", de "El ruego", de "Nocturno", y la voz enronquecida de amor de sus palabras a los niños, fue complicándose en un conceptismo nebuloso y contorsionado, trasunto de su paso de lo tangible humano hacia lo imponderable, como si su espíritu se sublimara para lograr lo divino. Así en TALA, en que penetra en los misterios de ser proyectado en la grandiosidad cósmica. Ya en DESOLACIÓN hay notas de exaltada religiosidad lindante con el éxtasis. En Gabriela Mistral se dan misticismo y panteísmo fundidos en un mismo mundo poético. LAGAR nos trajo otro acento. El crepúsculo apagó la pasión quemante de su alma, y la palabra se asordina para decir su desencanto ante la barbarie de los hombres y clamar su angustia de eternidad y amor entre los pueblos. No es "La otra" como lo dice en los versos del prólogo de LAGAR. Es la misma mujer, "refrescada", en la misma condición de sembradora, que vive ahora el momento agónico del mundo actual, la misma que clama redención por los humildes, que pide fraternidad entre los hombres, la misma Gabriela que reivindicó para sí, fervorosamente, el calificativo de "maestra", a Aquél, cuyas palabras y enseñanzas parecen olvidadas: "¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñé; que llevé el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra!"

*Ya no cantará más el corazón de Gabriela Mistral.
Mas su poesía irradiará perennemente por los ámbitos
de la tierra en luces de amor y de belleza.*

*“Atenea” interpreta el sentimiento de dolor de la
Universidad de Concepción en estas palabras de home-
naje a la poetisa excelsa.*

